

Detrás venía el ejército de miserables lanzando exclamaciones, mueras á los franceses, gritos de dolor y de venganza.

Sedeño volvió á su casa tan aplanado y tan triste, que cuando dió cuenta con su paso á las muchachas, que ya le buscaban como ojo de hormiga, no pudo menos de llorar amargamente.

Miguel poco tenía que hacer, porque el fuego en las trincheras había cesado casi del todo; mas salía con frecuencia á tomar lenguas de lo que acontecía. Una tarde, al volver á la casa encontró á Eugenia afligida y temerosa: el niño estaba imposible; lloraba á más no poder y no había manera de contentarle.

— Dale de mamar, á ver si acaso...

— Le doy, pero luego deja el pecho.

— Haz la prueba de nuevo.

Le acercó Eugenia el seno, y la criatura empezó á sorber con ansia de hambriento; pareció calmarse, mas á poco empezó á llorar de nuevo.

— ¿No tendrá hambre? preguntó Miguel.

— Tal vez; desde ayer no trae Pancho la leche acostumbrada; dice que las vaquitas no dan porque les han escaseado el alimento; hoy tuvieron que contentarlas con el tule de unas sillas viejas.

— ¡Válgame Dios, y pensar que si tú no comes lo que debes, este inocente puede morirse de hambre!

El inocente mientras tanto seguía atronando el aire con sus gritos y protestando contra los sucedáneos de la leche maternal que le administraban; ni el orégano, ni el agua de canela, ni la simplemente azucarada le convenían, y clamaba por su chiche con gemidos desesperados. Le paseó Miguel por el cuarto, le zarandó en vilo, le llamó rey de la gloria, encanto, primor, y ni así consiguió calmarle; el muñeco no se calló hasta quedarse dormido por la fatiga y áfono por el llorar.

Miguel dió dos ó tres vueltas en el corredor, y luego, como si no lo hubiera pensado mucho y pesádole mucho más, bajó la escalera de piedra, no sin detenerse dos ó tres veces á reflexionar. Entró por fin resueltamente á un cuarto iluminado por una claraboya que dejaba entrar recatadamente, á través de rejas tupidas, el último fulgor de la tarde mortecina. En el momento que la pupila del ser que estaba dentro del cuarto, notó la aproximación de un hombre, se oyó un relincho que al mismo tiempo que indicaba hambre intensísima, equivalía al *presente, mi jefe* que lanzaban los soldados á la hora de la lista.

— *Chinaco*, dijo Miguel acariciando el cuello y las crines del animal; *Chinacate*, ¿qué tal la pasas sin comer?... ¡Pobrecito de ti, que no sabes cómo nosotros estamos desde ayer con un decente trozo de carne de perro, sin poder embaular nada más caliente ni más frío!...

El *Chinaco* frotaba los ollares y la ternilla en el dormán

de Miguel, y parecía decirle al piafar impaciente enarcando la cerviz y golpeando con los cascos las losas del cuarto: «En efecto, me duele el no comer, pero más me



duele el estar encerrado en este cuartucho infecto, sin ver más sol que el que entra por los cuarterones de la reja, y sin respirar más aire que el viciado que penetra después de pasar por un viejo chiquero en que de seguro se pudren algunos cadáveres humanos... Llévame al campo,

á la sabana inmensa, donde pueda pacer la grama suavísima, contemplar el monte cano de nieve, y apacentar mi sed en el arroyo límpido, que cae con ruido de torrente arriba del aguaje sombreado por árboles centenarios; yo nací en un corralillo situado en lo alto de un monte escarpadísimo; á los pocos días, cuando mis espejuelos y mis rodillas estaban todavía blanduchos, ya recorría cerros y llanuras en pos de mi madre y de mis compañeros, que iban á la carrera, sueltas las crines, volando las melenas, enhiestas las orejas, chispeantes los ojos, firmes las quijadas, abiertos los labios, ligeras las piernas y bien puestas las pezuñas... Pasábamos nuestra vida de caballos salvajes durmiendo hoy en las hondonadas de un peñascal, ramoneando en seguida el zacate aterciopelado de un potrero de reserva y bebiendo luego el agua de un manantial que caía á gotas desde una peña cubierta de jaras y lentiscos... Cuando era potrillo me cogieron para domarme, entregándome al niño de un hacendado, que me montaba todas las tardes... Crecí y me vendieron en el egido de una feria de pueblo; todavía llevaba falsa rienda, y el famoso plateado que me compró, hizo sobre mis lomos toda la campaña del año sesenta y uno: muchas fatigas, mucho correr, mucho ocultarnos y mucho andar de la ceca á la meca constituyeron mi vida durante un año entero. En cambio aprendí á subir las pezuñas á los mostradores de las tiendas, á saltar mediante el más ligero estímulo del

acicate, á *volverme diablo* (como decía mi amo), cuando escuchaba el ruido del sable saliendo de la vaina, á beber vino en grandes vasijas mediante que me quitaran el freno y el bozalillo... La muerte de mi amo hizo que su vencedor me llevara á México, que allí me comprara tu padre, aquel señor que sacó los cien pesos en que me vendieron, del interior de una redecilla listada de azul y rojo... Te salvé la vida el cinco de Mayo, el día que te persiguió Jiménez disparándote tiros, y en la jornada contra Trejo... Has andado sobre mí leguas y leguas; hemos soportado juntos el cansancio y la sed; cuando me sentía asoleado, despeado, muerto de fatiga, he continuado mi camino por no dejarte expuesto á la muerte ó al hambre... Ahora me tienes aquí triste, solo, sin ver montes ni arroyos, ni verdura, ni bufandas blancas, ni blusas coloradas, ni botas de cuero, ni armas relucientes, ni sombreros *alacranados*... Sácame, sácame de aquí...»

Miguel encendió una cerilla frotándola contra la pared; luego contempló al *Chinaco*, alazán dorado, de siete cuartas, cabeza chica, ollares reducidos, robusta la tabla del pescuezo, el encuentro saliente, como el de los caballos del Partenón. Las piernas eran esbeltas; la distribución de la carne en el antebrazo, iba disminuyendo hasta venir á parar á la cuña, que era como de antílope; el intervalo entre el menudillo y la cuartilla, era el que disponen los tratados. Los ijares, la grupa, los quijotes y el anca,

eran bien proporcionados; la cola estaba poblada y tenía una longitud suficiente.

Miguel sacó un cuchillo que llevaba á prevención; el *Chinaco* vió el arma y fijó en ella sus ojos grandes y leales; rezongó un poco, pero se tranquilizó al observar que era su amo quien tenía el instrumento de muerte. Recordó el pobre subteniente sus días alegres, el contento con que había acogido la compra de la bestia, el primor con que la había enjaezado, la inteligencia con que ella le había salvado de mil riesgos, y se determinó á salir sin realizar su intento.

Al llegar á la puerta le hirió el oído el lloro tenaz, estridente, sin tregua, de una criatura, su hijo, que pedía á gritos que le dieran de comer. Entonces no lo pensó más; cerró los ojos y con impulso brutal hirió al *Chinaco* en el corazón, revolviendo bien el puñal para no hacer sufrir á aquel ser leal y noble que tanto le había amado. Sintió en la mano, mientras volvía el rostro para no ver los ojos del asesinado, los últimos estremecimientos de la agonía del animal, y luego que se hubo convencido de que ya no vivía, ensanchó el agujero de la piel, tomó un pedazo de carne y llevándola á la cocina á toda carrera, púsola á asar en la miserable lumbre que ardía en el fogón, y la llevó á Eugenia.

— ¡Hijo, por Dios! ¿de dónde cogiste carne?

— Cómela y luego te diré.

— ¡Pero vienes emocionadísimo!

— ¡Qué emoción ni qué ocho cuartos!... ¿Qué tal está el bocado?

— Excelente; un poquito recia y otro poquito desabrida, pero no podemos ahora hacer caso de primores... Buena está... ¿de qué animal es?

— De imperialista, de Tirso Córdova; acabo de arrancarle con esta arma un moflete de esos coloradotes que gasta, y te lo traigo como tributo... No, no es de Córdova; es de mi mejor amigo, del *Chinaco*.

— ¿Lo has matado?

— Con este cuchillo que ves...

— ¡Pobrecito animal!

— Eso pensé; mas ¿íbamos á morirnos de hambre y á matarle á él sin utilidad alguna? Muerto ahora, que estaba en buenas carnes, puede alimentarnos unos días.

— ¡Pobrecito!

Siguieron lamentándose poco más, y Eugenia dijo á Miguel:

— ¿Sabes que Merceditas Vaca se ha perdido?

— ¿Perdido?

— Sí, vinieron aquí á preguntar por ella y, como era elaro, dije que no se había parado.

— Andará disipando sus murrias en el corral de la casa.

Manuela y Rebeca entraron despavoridas.

— ¡Miguel! ¿no nos haría usted el favor de acompañarnos á ver si Meche anda por esas calles?

— Pero ¿qué ha de andar haciendo una niña honesta por las calles llenas de soldados y de mujeres perdidas?... Vamos, vamos allá.

Salían ya, cuando se les ocurrió preguntar al padre memo, que estaba en la puerta del cuarto de doña Jesusita la portera.

— Claro que la vi; iba con Antoñito, el hijo del viejo loco que murió en Santa Inés... Me dieron un cigarro y me dijeron no avisara á nadie que habían salido juntos: van á decirse *tecum vivere amen, tecum obeam liberis*, ó sea en romance: «quiero vivir y morir contigo:» son novios.

— ¡Viejo mentiroso! gritó Manuela casi epiléptica.

— ¡Mentiroso! Para las ocasiones que les ví cogidos de las manos y diciéndose cosas dulces en su cuarto... No se cuidaban de mí porque me creían tonto... ¡Pero tonto yo que sé más que Lepe, Lepijo y su hijo, con esta electricidad que me han echado los franceses!...

Llegó en eso don Bernabé procedente de la calle.

Un chico, un muchacho, no sé quién es, me dió este papel; léanlo, que yo no le quiero dar crédito.

Era la carta de rúbrica:

«Hermanas mías: me voy con el hombre á quien quiero. No me busquen ni me compadezcan, porque no me hallarán y porque voy á ser muy dichosa. Adiós.»

Rebeca dijo emocionada, pero sin lágrimas:

— ¡Haremos cuenta que la mató la bomba; la perdimos para siempre!

Manuela gritó mesándose los cabellos:

— ¡Malditos sean! ¡no, maldita ella, perra, ladrona... que me roba lo mío, lo muy mío!

Y cayó al suelo con un ataque de nervios.

